

AMÉRICA PRE-COLOMBIANA

ANTIGÜEDADES DE LA AMÉRICA CENTRAL



II

Dos medios pueden emplearse únicamente para estudiar con aprovechamiento las profundas é interesantes cuestiones que en el terreno científico se agitan con motivo de la población, razas, civilización y monumentos de la América Central.

Hay que considerarlos bajo el punto de vista histórico, según hemos procurado hacerlo en nuestro artículo anterior, investigando y reuniendo las noticias esparcidas en las primitivas *Relaciones* y en los más antiguos historiadores, para conocer la impresión que en sus ánimos hicieron aquellos grandes restos de civilización pre-colombiana y el estado de ruina y de abandono en que se encontraban ya á la llegada de los españoles, y aun mucho antes, ó limitarse al reconocimiento, descripción y reproducción de los monumentos mismos, observando las particularidades que les son comunes, los rasgos que los diferencian,

los accidentes que pueden ser indicios de su mayor ó menor antigüedad, pudiendo conjeturar las edades sucesivas en que fueron construídos, y lo que en ellos pueden ser símbolos, ó alegorías, ó fechas históricas, ó caracteres puramente de arte. Todo lo que es salir de estos terrenos, el primero erudito, llamémosle así, el segundo de observación propiamente dicha, es exponerse á caer en error; vagar por el incierto terreno de las conjeturas, de las sospechas; lanzarse á espacios de pura imaginación, del que nunca podrá salirse ni poner la planta en suelo firme hasta que se descifren los jeroglíficos y la arqueología vaya por camino más seguro, á lo cual ya comienza á prestar ayuda el conocimiento de las crónicas Mayas, que empiezan á ser descifradas y dadas á luz. Historia de un lado y observación de otro, son los verdaderos elementos de estudio.

Mas si han de formarse ideas completas del estado actual de esas cuestiones, que tan alto interés despiertan, para poder apreciar con criterio seguro las apreciaciones de cada uno de los exploradores y arqueólogos que á su estudio se dedican, es de imprescindible necesidad recordar lo mucho y vario que se ha escrito sobre el origen de los habitantes de América é inmigraciones sucesivas de que se tiene noticia; y salvadas estas primeras dificultades, muy graves, casi insuperables hasta el día, tener á la vista las importantísimas obras de Violet-le-Duc, Stephens, Charnay, y sobre todo, los últimos trabajos y exploraciones de Mr. A. P. Maudslay, que contienen todo lo que hasta ahora se ha adelantado en el estudio de aquellos grandiosos monumentos y de aquellas ciudades arruinadas.

¿Qué pueblos levantaron los edificios diseminados por todo el territorio de la que hoy se denomina América Central? ¿Cuál puede ser la antigüedad de tan colosales construcciones?

Con presencia de los datos que dejamos expuestos y de otros muchos que vendrán en su lugar, pueden plantearse esos problemas; la resolución, sin embargo, si no del todo imposible, es muy difícil y dudosa todavía. Lo que al parecer, y en el concepto de los escritores citados, puede juzgarse con seguridad, es que aquellos monumentos no son todos productos de un mismo arte ni corresponden á la misma época.

Mas para proceder al estudio serio y detenido de estas cuestiones, es evidente que se necesita conocer otros antecedentes, haciendo juicio de las opiniones extremas que sobre la antigüedad de esos monumentos se han manifestado. ¿Cómo se pobló la América? Un pensador notable resume la respuesta á tal interrogación en estos términos: «Que el Nuevo Mundo sea tan antiguo como el viejo, lo revelan por de pronto» hechos inconcusos. Presenta en todas partes las mismas capas geológicas que nuestro continente... No sólo debe ser tan antiguo como el nuestro; debe haber pasado »por las mismas revoluciones y catástrofes...»¹

Tomando por punto de partida esta afirmación, resultado de las más acertadas deducciones científicas, tenemos un límite en que encerrar la investigación; y consul-

¹ *Historia general de América desde sus tiempos más remotos*, por D. Francisco Pi y Margall.—Madrid, Astort hermanos, editores.—1878 —Tomo I, cap. I.

tando las inmigraciones conocidas con más ó menos seguridad en el continente occidental, llegar á establecer la antigüedad de aquellos edificios y los pueblos que los construyeron.

Opinión singularísima sobre tan obscuro problema hemos escuchado hace muy poco tiempo á persona muy competente, y que por su doble carácter de americano y de historiador erudito, tiene más fuerza que las sostenidas por otros sabios que no conocieron tan profundamente aquellos lugares de que tratan; razones que nos mueven á darle cabida, como primera solución, no tan desprovista de fundamento que deje de obligarnos á volver sobre ella cuando hayamos terminado el examen de otras que se agitan en el campo de las ciencias hace muchos años, porque ésta puede muy bien conciliar las más fundadas y aceptables.

No son obra de los indios los monumentos de Yucatán y de la América del centro—decía el docto americanista;— las razas indígenas nunca tuvieron arte que pudiera simbolizar los ideales de una manera tan grandiosa. En los colosales monumentos de Quiriguá y de Copán, en los templos de Menché y de Tikal, como en las piedras de sacrificios y en los palacios de Uxmal de Palenque y de Chichen Itza, se descubre clarísimamente el arte asiático. Aquellas construcciones denuncian á la legua el carácter de los pueblos de donde vinieron sus autores, ora de la China, ora del Japón, ora del Indostán; fueron levantadas por una de las razas que de Asia pudieron pasar al continente occidental y regresaron á ella nuevamente después de siglos dejando aquellos testimonios de su cultura, aquellos monumentos en el estilo del país de donde procedían. Cuando los indígenas llegaron á ocupar aquellos territorios é hicieron sus habitaciones en las cercanías de los templos, ya estaban abandonados por el pueblo civilizado que los edificó. Los indios nunca tuvieron cultura ni medios para levantar los muros y tallar las piedras, representando por el arte su historia y sus creencias; eran, y continuaron siendo, y todavía conservan su carácter, pueblos semi-salvajes, de escasa inteligencia y poco aptos para la instrucción, y habitaron los palacios y templos construídos por los asiáticos, dedicándolos á sus ídolos y crueles ceremonias, sin cuidarse de sus anteriores destinos, y dejándolos con su natural indolencia que se fueran arruinando.

La opinión podrá parecer extraña, pero no se encuentra tan aislada ni destituida de fundamento, por más que no sea posible aceptarla todavía como cierta.

Ya dejamos consignada la tradición conservada entre los indios, y que consignó Antonio de Herrera en sus *Décadas* de que *aquella tierra la habian poblado ciertas gentes venidas por la parte de Oriente*. El Sr. Pí y Margall no vacila en asentar que «hoy se supone generalmente que los americanos proceden del Asia. Por sus »cualidades físicas ya he dicho que son afines de los mogoles, especialmente de los »tártaros, también de color cobrizo y cabello negro y fuerte. Por sus creencias se »acercan también más á los asiáticos que los europeos»¹. Y el viajero Mr. Desiré Charnay, que ha visitado casi todas las ciudades arruinadas de Yucatán y muchas

¹ *Historia general de América*, etc. (Vide ut supra.)

de Chiapas y Guatemala, no duda en asegurar que «lo que desde luego llama la atención de cualquier persona familiarizada con la arquitectura japonesa es la semejanza de este templo (Palenque) con los antiguos santuarios budhistas del Japón; esta semejanza es sorprendente. ¿Cómo explicarla? A este fin podría admitirse una teoría sobre el origen asiático de los toltecas, y sobre la indudable influencia de la civilización japonesa, á causa del comercio regular que en otro tiempo mantuvo con las costas Noroeste de América y de una inmigración fortuita ocasionada por los naufragios»¹.

No es, pues, tan aislada ni tan opuesta á otras teorías ya conocidas la del ilustrado historiador que dejamos expuesta; y después de estudiados los monumentos, cuando se conozca de una manera evidente su historia, tal vez cobre mayor fuerza. Queda todavía en la categoría de las probables hasta tanto que nuevos datos y más completas adquisiciones científicas lleguen á dar más clara luz sobre la historia de aquellas construcciones.

Toda la extensión de terreno en que ellas se encuentran estuvo desde tiempos muy remotos ocupada por la raza maya, que aún vive en el país y conserva la lengua y los caracteres distintivos de sus antepasados. Quizá, y aun sin quizá, se conservan tal vez sus creencias y sus ceremonias entre los indios que habitan en vida salvaje los inexplorados bosques del Lacandon y tierras centrales; y no sería difícil encontrar aún en el día, al visitar los arruinados adoratorios, algunos mayas que regresaran de quemar su copal en los templos ó kues de Chichen-Itza, de Palenque ó de Quiriguá.

Pero ¿qué era la raza maya? ¿Cuál fué su origen? ¿Eran sus individuos autóctonos ó inmigrantes en las provincias que hoy se llaman América Central? Si no eran autóctonos, ¿de dónde vinieron? ¿Qué lugares ocuparon y hasta dónde se extendió su dominación?

El nombre *maya* era el que á sí mismos se daban los indígenas de Yucatán y de las provincias de Tabasco, Chiapas y Guatemala, y por él fueron designados á *Colón* sus moradores, por más que se dividieran en diferentes ramas, alguna tan importante como la *quiché*, que llegó á tener lengua y carácter distinto de la del tronco principal. «Los restos de las razas más civilizadas de la América del centro—dice el doctísimo é infatigable explorador A. P. Maudlay—pueden encontrarse en el espacio comprendido entre el Istmo de Panamá y el extremo Norte de los pueblos arruinados en los cañones del Colorado. Ese gran territorio puede subdividirse á su vez en tres partes: una que abarque desde el Colorado hasta el istmo de Tehuantepec; la segunda desde Tehuantepec hasta una línea que pudiera trazarse corriendo por los límites occidentales de Honduras y el Salvador, que podría denominarse el distrito Maya, y la tercera desde esta línea hasta el Istmo de Panamá.»

En opinión de algunos autores, la raza maya en el centro como la otomí más al Norte, fueron autóctonas y deben considerarse como aborígenes, siendo la de los

¹ *Mis descubrimientos en Méjico y en la América Central*, por Mr. D. Charnay.—Barcelona, Montaner y Simón, 1884.

nahoas la inmigración primera que trajo á sus territorios las costumbres y la religión de otros países, que juzgan indudable fueron del Norte de Asia. Pero esa teoría, verdaderamente conjetural y poco fundada, se ha generalizado poco. Alejandro Humboldt encuentra en las costumbres mayas algo que recuerda las de los indios de las riberas del Ganjes, y en sus ceremonias mucho del budhismo, pudiendo sospechase que sus ídolos más antiguos tengan aquella procedencia.

A esta creencia prestaría verdadero apoyo el símbolo de la culebra con plumas con que se representaba en todas partes á Quezatcoal ó Cuculcan, y tal vez también al antiquísimo Votan, quizás sacerdote de las Indias, en juicio de Humboldt, que trajo de lejos la civilización y regresó luego á su país después de haber propagado la religión de su pueblo, objeto principal de su viaje.

Los mayas no eran aborígenes de la América; llegaron de otras tierras de Oriente, según las tradiciones que conservaban. ¿En qué punto del país dió principio su colonización? ¿Cuáles fueron las regiones que primitivamente ocuparon?

El estudio de los monumentos va proporcionando medios de conocer aproximadamente los pasos de aquella inmigración, y todo hace suponer que los mayas se establecieron en las riberas del Usumacinta.

Nace este caudaloso río en las montañas del Peten, atraviesa fertilísimos terrenos y cerrados bosques, recoge en su curso las aguas de innumerables ríos, arroyos y lagunas, con muchas más que bajan de los montes y aumentan su caudal y rápido curso, y desemboca en el golfo de Méjico, no lejos de la península de Yucatán.

Las cercanías del Usumacinta parece que fueron el primitivo asiento de los mayas. Subiendo el río desde su embocadura, están en su margen derecha, aunque á bastante distancia, sin duda para evitar los desbordamientos de las aguas, las tantas veces nombradas ruinas de Palenque, en las que los jeroglíficos de la cruz y otras representaciones recuerdan la religión búdhica. Más adelante, y dejando muchas leguas de aquellas inexploradas comarcas, porque la corriente del río, encerrada entre altísimas rocas, lleva tal rapidez que no es posible dominarla, se encuentra la ciudad últimamente descubierta, Menché, cuyas ruinas son de las más extensas y grandiosas, fundada sobre mesetas que se escalonan desde la misma orilla y suben en forma de anfiteatro por la falda del monte. Y á mayores distancias, demostrando la extensión que adquiriría la inmigración maya, pues no parece fué una sola vez, sino en muchas expediciones sucesivas, se encuentran Tayazal y Tikal, Quiriguá y Copán ya en los límites de Honduras, sin otras muchas que ciertamente existieron y cuyas ruinas podrán encontrarse perdidas en los espesos bosques, pues más de una noticia se ha tenido por los indígenas de que en el terreno inexplorado se encuentran monumentos tan grandes como los ya conocidos.

Creciendo la población maya se extendió hacia Yucatán, y empujada sin duda alguna por tribus que vinieron del territorio mejicano, comenzaron las guerras que determinarían al cabo de algún tiempo el período de decadencia en que los encontraron los españoles.

Los toltecas, en opinión del moderno historiador Rodolfo Cronau, eran el tronco de procedencia de la gran familia de los nahoas; es decir, de los pueblos que hablaban aquella lengua, los cuales se extendieron por toda la América Central desde el siglo VII hasta el XIV. Por espacio de muchos siglos, dice, fué un pueblo poderoso y floreciente, hasta que sus individuos se dividieron en diversas ramas, fundadoras de varias dinastías y se extendieron por el Sur hasta Honduras y Guatemala. La raza maya fué empujada y combatida por los toltecas, que á su vez lo fueron por los aztecas, con los que aún estaban en lucha á fines del siglo XV, cuando los españoles hicieron los primeros descubrimientos.

Esto es lo que por más probables conjeturas y deduciendo de varias tradiciones de las comunicadas por los indígenas puede fijarse como hipótesis, á reserva de completar con nuevos datos que indudablemente ha de traer al terreno de la crítica histórica la lectura de los jeroglíficos grabados en los antiquísimos monolitos y en las paredes de los monumentos.

Hasta ahora, y por resultado de sus importantísimos trabajos y descubrimientos, el docto explorador Alfredo P. Maudslay asienta una conclusión por extremo interesante, á saber: que todos aquellos pueblos de Yucatán, Tabasco, Chiapas y demás provincias adonde extendieron los mayas su dominación hablaban la misma lengua, que escribían ó tallaban con iguales signos, que siguieron la misma religión y edificaron por los mismos procedimientos templos y palacios con techumbres de piedra con idénticos dibujos y ornamentación y con inscripciones grabadas de la misma escritura jeroglífica, y lo que todavía es de mayor trascendencia, que aquel lenguaje de las inscripciones talladas de Copan, Quiriquá y Palenque es aún al presente una lengua viva, aunque puede suponerse habrá cambiado mucho con el transcurso de tantos siglos.

Pero después del problema de la raza maya queda por resolver otro no menos obscuro é intrincado. Veremos los términos en que lo plantea el escritor cubano señor D. Rafael Merchán. «¿Son muy antiguos algunos de los monumentos americanos, íntegros ó en ruinas, que nos quedan? Es muy probable. ¿Hay otros recientes? Es muy posible. Condenados por ahora á estas incertidumbres, no nos queda que hacer sino esperar que la Arqueología encienda su fanal en las playas de esta América, que todavía está por descubrir.»¹

Esto se escribía en el año 1890. La Arqueología prosigue desde entonces sin descanso su científica labor, y en dos años transcurridos desde que manifestaba sus dudas, el Sr. Merchán ha obtenido adelantos dignos de especial atención. En esos dos años el ya citado explorador Mr. Alfredo P. Maudslay² ha continuado sus profundos estudios, y al regresar á Europa con numerosos objetos recogidos en las ciudades arruinadas donde ha habitado muchos meses, con fotografías y moldes obtenidos á costa de inmensos trabajos y grandes sacrificios, ha hecho un ligero resumen de sus

¹ *La España Moderna*, revista ibero americana.—Madrid, tomo XVI, año 1890. Carta á D. J. V.

² *Nature*, Thursday, 28 April 1892.—London, Published by Moaminan and Co, tomo XLV, pág. 617.

observaciones, que pueden juzgarse hoy la última palabra de la ciencia arqueológica; por más que el investigador, desconfiando de sus mismas impresiones y sin apasionarse de su opinión, rehusa entrar en el examen de las más arduas cuestiones hasta completar, digámoslo así, los fundamentos de ella y las pruebas de sus afirmaciones.

La lectura de los jeroglíficos vendrá á ofrecer nuevo campo á las investigaciones, echando por tierra muchas ilusiones, confirmando algunas teorías, patentizando lo infundado de muchos supuestos. Hasta que se encuentre la clave, que, á nuestro entender, será el momento en que pueda decirse que la arqueología ha encendido su fanal, habremos de contentarnos con luces menores, procurando á su reflejo reconstituir aquellas pasadas edades y conocer los pueblos que tan grandes monumentos levantaron.

El dato que mayor claridad difunde y en que con más seguridad puede fundarse la historia de la América Central pre-colombiana son, sin género alguno de duda, las crónicas mayas, recientemente traducidas y publicadas en Filadelfia por Daniel G. Brington¹; porque en ellas se encuentran escritas por el pueblo mismo que deseamos conocer, sus fechas memorables y sucesos de mayor transcendencia.

Los fragmentos y crónicas que en él se contienen están tomados de los diferentes libros del gran sacerdote Chilam Balam, del que hicieron mención el historiador de Indias Antonio de Herrera, y el de Yucatán Fr. Diego Cogolludo, y encierran casi todo lo que se sabe con certeza de todos aquellos territorios que hoy forman parte de las diferentes repúblicas del Centro.

Aquí ya los datos van concretándose y adquieren cierta regularidad. El total espacio de tiempo que comprenden las crónicas, partiendo desde la fecha más antigua que nos dan hasta el momento de la ocupación de los españoles, es de 71 espacios ó épocas, que los mayas llamaron *Katuns*. Y como el período que abraza cada uno de éstos se computa en veinte años, ofrece un resultado histórico de 1.420 años; es decir, que sus narraciones empiezan hacia el siglo II de la Era Cristiana.

Dentro de ese período se refiere en los *Katuns* la fundación de alguna de las ciudades, cuyas imponentes ruinas han sido tantas veces descritas por los viajeros modernos, dando lugar á opiniones extremas sobre su antigüedad; y este es un dato importantísimo para entrar con paso seguro en la investigación. Ninguna de aquellas construcciones puede estimarse anterior al siglo II antes de J. C., y muchas son posteriores.

Dentro del criterio histórico es testimonio irrecusable el de las crónicas mayas, que con tanta oportunidad han venido al terreno de la discusión, y con ellas y el examen detenido de los monumentos, por únicos guías se logran ya satisfactorios resultados.

Van quedando enteramente abandonadas aquellas opiniones extremas que atribuían á la civilización de la América Central millares de años de antigüedad, dando

¹ *The Maya Chronicles*, edited by Daniel G. Brington, M. D.—Philadelphia, 1882, en 4.º

á las ciudades arruinadas seis ó siete mil años de existencia antes de la Era Cristiana, y aun de todo el cómputo eclesiástico acerca de la creación. Las pruebas en que tan exagerados cálculos se fundaban han ido perdiendo su aparente fuerza ante los adelantos de las ciencias, y especialmente de las naturales, que han venido á destruir los argumentos que tenían por base los miles de años que contaba de existencia la exuberante y extraordinaria vegetación que crece sobre los arruinados edificios de la América del centro y del Yucatán.

Hasta hoy sólo pueden aceptarse como conclusiones fundadas y verosímiles las que, después de muchos viajes, exploraciones y estudios, establece el más docto de los arqueólogos de la América Central, Mr. A. P. Maudslay, de que al presente es imposible determinar si la civilización maya se extendió al Yucatán al mismo tiempo que floreció en Copan y en Palenque, aunque se inclina á creer que todas las construcciones existentes hoy en Yucatán son de época posterior. Y resume el fruto de sus tareas fijando como probable:

Que la porción más civilizada de la raza maya ocupó en algún tiempo todo el país comprendido entre el istmo de Tehuantepec y las fronteras occidentales de Honduras y Salvador (exceptuando tal vez una corta zona á lo largo de la costa del Pacífico); que este pueblo habló la misma ó muy parecida lengua; que escribía y grababa con los mismos signos; que seguía la misma religión y edificaron templos y palacios con techumbres de piedra decorada con la misma clase de dibujos y ornamentación.

Que al tiempo de la conquista de los españoles se encontraban abandonadas por completo todás las ciudades y centros religiosos en el país al Sur del Yucatán, aunque el buen estado de conservación de muchas de las construcciones, aun en el día, excluye la idea de que aquel abandono de sus ciudades haya sido anterior en muchos años á la llegada de los españoles.

Que la población que los españoles encontraron en aquella parte del territorio, aunque pudiera ser de la misma sangre de los mayas, estaba indudablemente en el mayor atraso, y que el examen de los lugares de sus principales ciudades no ofrece las señales de cultura artística que generalmente se encuentra en las ruinas antiguas.

Que en Yucatán, donde los españoles hallaron numerosas poblaciones de indios mayas y se les opuso feroz y tenaz resistencia, pueden verse todavía restos de antiguas edificaciones, más extensas y en mejor estado que las de Guatemala y Chiapas, pero construídas de la misma manera, decoradas con igual clase de ornamentación y con inscripciones grabadas en la misma escritura jeroglífica.

Que hay evidencia por los antiguos documentos españoles de que algunos cuando menos de aquellos edificios estaban ocupados todavía al tiempo de la conquista; pero que también por observación de los mismos españoles, y por noticias recogidas posteriormente por ellos entre los mismos indios, se viene en conocimiento de que el país se encontraba en estado de decadencia, y muchos de los más grandes centros de población habían sido enteramente abandonados, aunque los edificios religiosos más importantes eran todavía objeto de culto y se conservaban como adoratorios.

Por último, y como conclusión interesante para el estudio metódico de los monumentos de la América Central, dice el citado arqueólogo: «Por mi propia observación sobre el estado de las mismas ruinas, y por el estilo del arte empleado en los adornos, tallados é inscripciones, me siento inclinado á dar á Quiriguá la fecha más antigua, luego Copán y después Menché, Palenque y Tikal en el orden en que los dejo nombrados.»

JOSÉ MARÍA ASENSIO

